

La eligió al verla caminar, en un impulso que supuso de lucidez. “Uno nunca sabe recordar cómo ocurren las cosas”, se lamenta ahora mientras habla conmigo en ese tono de hombre viejo... el tipo de hombre viejo que rememora sentado al otro borde de una vidita tibia.

El francesito no había entendido mi amistad con 4. Le extrañaba la diferencia de edad, y aquella cercanía casi íntima que le había hecho suponer al principio algo más. Cuando le expliqué que 4 y yo éramos los mejores amigos, y que no ha habido nunca una insinuación erótica entre nosotros, le pareció increíble, “si es así es maravilloso”, me dijo. “¿Cómo ha podido él soportar la tentación contigo, siendo tan mujeriego...?”, mujeriego, le rectificué y reí, era la mejor forma de evitar una respuesta que yo misma no sé responder...? ¿Y es que 4 sabe?

Me reacomodo en el banco roto; me preocupa estar escuchando la confesión de 4, peor, su historia. El habla, dice: me había parecido interesante y la elegí. Lo oigo, pero en ese instante desvío la vista y observo minuciosamente a un viejo sucio que me estira su mano agrietada. Veo que puedo esbozarle un gesto despectivo al viejo, y que el *puede* captar mi gesto e irse. Pienso entonces que estoy salvada de la historia de 4: mientras pueda oler la peste del viejo que se aleja torpe, arrastrando los pies por el suelo sucio de la ruinosa Sota, no podrá hacerme nada la confesión de 4.

Me río del viejo en alta voz. 4 levanta la vista y lo mira. No sonrío, veo que siente lástima por su decrepitud. Pero un hombre en su estado siente lástima por todo, empezando por sí mismo. Suspiro: yo no, aún no estoy contaminada, aún puedo sentir a Sota como una ciudad real. Intento reconocer

nuevamente la peste en el aire pero el viejo ya se ha ido.

“Desde el primer momento atrajo mi atención...”, continúa 4, “caminaba atropelladamente, mirando hacia ambos lados de la calle como si estuviera siendo perseguida. Tenía un mechón de pelo encima de los ojos que sacudía con un gesto exagerado cada cierto tiempo... Pensé que quizás lo que me estuviera llamando la atención no fuera más —o menos— que un halo de histeria. Pero justo cuando estos pensamientos me asaltaban ella se detuvo y se sentó en el borde de la acera. La veía mover la boca y como no podía escuchar lo que decía —acercarme hubiera sido peligroso, pues si ella se fijaba en mí ya sería un problema seguirla sin que lo notara—, me dediqué a observar la manera de colocar los labios para pronunciar las palabras. No había dudas de que estaba hablando. Revisé cuidadosamente y no encontré a nadie que estuviera a menos de tres metros de distancia de ella. Por lo tanto pude comprobar que estaba hablando sola. Esto me hizo recobrar cierta cordura —ante un fenómeno cualquiera o se reacciona por ósmosis o por contraposición— y me cuestioné acerca de si sería razonable seguir interesado en una loca. Ella seguía hablando, pero no histéricamente, como pudiera suponerse, sino despacio, y casi podía adivinar un tono de conferencista en aquel monólogo mudo para mí. No sabía si irme o acercarme cuando ella decidió inconscientemente por ambos. Se había desplomado, y por supuesto, yo acudí en su auxilio...”

Este banco es un desastre, es incómodo mantenerse sentada en sólo dos tablas y recostar la espalda a una. Me duelen las nalgas. Pero me alegra saber que aun me importan mis nalgas. Así debe ser: mientras esté en contacto con

la vulgaridad de Sota estaré bien; es la única forma de no perder el control.

Hace una hora que estamos en este parque. Puedo cerrar los ojos y seguir viendo frente a mí ese edificio en ruinas, el banco municipal y aquella antiquísima cabina telefónica. Al otro lado del parque está la avenida; allí no hay más paisaje a esta hora que el asfalto limpio y la luz fija del semáforo sobre él. Invito a 4 a caminar por la ciudad mientras me cuenta; me urge cambiar de vista.

4 se levanta sin mirarme. Apenas si mueve los músculos necesarios. Es como si no viera nada, pienso, de alguna manera ya no está aquí. Sólo recuerda y cuenta. Dos acciones que juntas y acompañadas de ciertas circunstancias no pueden adoptar otra forma que esta patética actitud de 4 mientras habla.

“Reunía las condiciones”, dice. Las condiciones, repito pensando en el francesito. Así es este *cabrón* pensamiento de una. Sonríe, pero me gustaría reír, reír a carcajadas: *cabrón*, esa palabra era para él.... Le gustaba la manera en que decía las palabras groseras, la rabia que pongo en cada una. No sabe que cuando digo alguna palabra con rabia estoy pensando en Sota. Algo intuía: “son una tubería”... tubería, le rectificaba yo y le sonreía, como no sonrió a nadie, como no sonríe... Y era que sonreíamos los dos. Sonreíamos todo el tiempo. ¿Condiciones, 4?; ¿es qué acaso se necesitan condiciones en estos casos? No sé por qué me pregunto ahora si yo reúno las condiciones para alguien. Cuando me viste por primera vez, ¿te pareció que reunía las condiciones, te atraje...? Me miraste con esa mirada lujuriosa cuando entré en tu establecimiento. Yo dejé que siguieras mirándome mientras te daba la espalda, mientras revisaba los libros en el anaquel que estaba justo frente a ti. Para que vieras bien mi rostro me puse de perfil, fingiendo la lectura de editoriales y notas de contracubierta. Cuando vi que te acercabas

me propuse desviar tu interés, y desde que comenzamos a hablar tuvimos una discusión intelectual, así terminamos despidiéndonos como dos contrincantes, y eso fue lo mejor. Pero no sabía, cuando fui allí no sabía que iba a suceder. Es decir, qué era lo que iba a hacer yo allí. Sin embargo no pude evitarlo, cuando su hijo —no quiero llamarlo hermano, no sería honesto de mi parte— me lo dijo, no pude hacer otra cosa que fingir que no le creía, y sin embargo sentí cada palabra de aquella frase como esperada: “es tú padre, lo sé porque desde niño papá siempre ha hablado de tu madre, me sé su nombre primero que cualquier otro, mi padre siempre habla de ella y de la niña que dejó, de ti... todo coincide, tu dirección, tu edad, el nombre de tu madre, la historia que tu madre te contó... eres tú... Tú eres su hija.” Yo me reí de él, le dije que no creía ni una palabra de esa historia de novela... Pero memoricé la dirección de la librería. “El trabaja allí, puedes ir a verlo”. Y fui.

4 sigue hablando como si ignorara que yo no escucho todo lo que dice... En realidad a 4 no le importa mucho que lo escuche o no; a 4 nada le importa mucho ya.

“Seguirla, dice, era aburrido cuando me acostumbré. Verla moviendo el mechón de pelo rojo y mirando hacia todas partes era ya un mal vicio, como seguir mirando la pantalla vacía mucho después de que las imágenes dejaran en su lugar el monótono cuadro gris.

Exacta esa metáfora, 9. Es así como te veo ahora. Y recién al quedar la pantalla sin imágenes es cuando lo que has visto adquiere formas, cuando reparas en las formas que antes pasaron confundiendo, en un extraño y rápido collage desordenado. Ahora es cuando puedes sentir el significado de todo aquello, cuando puedes apreciar con la paciencia y el asombro de un restaurador, su orden sinuoso, pero orden al fin.

Era martes, sigues diciendo, recuerdo ahora, era un

cabrón martes, (no 4, no digas mis palabras, no me confundas contigo, quédate con tus palabras y tu historia y déjame a mí con lo mío) antes fue el jueves, te acuerdas –sigue contando sin mirarme--, después que cambié de día las cosas no fueron igual, quien sabe si es sólo superstición, pero si... (sí. Las trampas del remordimiento... si nada, 4, quizás te hubiera pasado igual o peor, tú reaccionaste como eres, ¿de qué vale tratar de negar que sólo eres tú, que todo lo que te pasó eres tú?... lo mío también soy yo, no es ese francesito caído del cielo, soy yo..., y soy esa mierda que me pasa ahora, yo me lo busqué, uno arma el muñeco a su manera y el teatro echa a andar, es eso, toda tu historia y la mía, es eso, nuestras cabecitas defecando sus desperdicios y contaminándonos hasta los huesos con la porquería propia–.

“Había salido a la calle una hora antes por esas casualidades –¿casualidades, 9?–, era una de las pocas veces que mi reloj fallaba. Fue exactamente un martes a las ocho de la mañana, habían pasado dos horas desde que salí a buscar. No había aparecido aún nadie interesante a quien seguir. Me desesperaba. Hasta estaba pensando en descansar de aquella actividad. Ya no es lo mismo, pensé. Quizás era que había dejado de tener sentido para mí. Sabes, salir a seguir a la gente que creía interesante era a veces algo tan tedioso e inútil como la cotidianeidad; como cualquier otra rutina. (Claro que lo sé 4, te sé de memoria, sólo me falta esta historia, que ya no estoy segura de querer que me cuentes... quizás no debería haberte conocido... Uno no debería tener amigos, porque nos contaminan con sus miserias... quizás no me hubiera pasado lo del francesito... Ya ves, yo también caigo en la trampa del sí). Precisamente ese día estaba pensando en que no estaría mal dejar de correr discretamente detrás de la persona elegida y observarla tratando de averiguar todo lo posible acerca de su vida, de

su personalidad, de sus deseos, de sus traumas. Tal vez no me vendrían mal unas vacaciones, pensaba. Y fue entonces que la vi.”

Él estuvo todo el tiempo mirándome mientras bailaba en aquella fiesta. Mi baile es sensual, y no sé ni quiero bailar de otra forma. Por eso al ver la manera en que me miraba cerré los ojos y le di la espalda para seguir bailando.

Esa noche Leo y yo nos besábamos, porque siempre nos besamos Leo y yo; existe entre nosotros esa atracción que por circunstancias y carácter de ambos no llegará nunca a expresarse completamente. Hacemos como que nos conformamos con besarnos y abrazarnos cuando nos vemos. Nunca nos llamamos, y supongo que esperamos ambos que el otro se decida cualquier día sin nombre a tener el sexo prometido.

Aquella noche entramos en contacto por vez primera al jugar ajedrez. Luego comenzó a mirarme con la mirada clara que ya no me abandonaría hasta unos segundos antes de marcharse nuevamente a París.

Hablamos de Sota y de París. Mientras Sota era el tema de mesa yo veía como una grotesca visión los barrotes del balcón antiguo en el que conversábamos. No era triste verse con mayor claridad en el francesito y su país, sino amargo. Y comparar su juventud con la mía, era aún más amargo.

¿A cuantos países fuiste?

¡Llévatela, llévatela de aquí...!

Un corro de personas a nuestro alrededor, que habían notado la intimidad de nuestra charla, nos interpelaban jocosamente.

Sonreímos. Sonreíamos todo el tiempo. Él con los ojos claros... (no eran pálidos, eran de color claro y miraban

claramente, o quizás miraban pálidamente. Será la diferencia de culturas, así pensé contra todo argumento. Y así lo sigo creyendo. Acá en Sota todos tienen personalidad, como él dice, por eso las miradas hablan, casi gritan tanto como sus histéricos dueños...), pero puede ser una mirada clara una condición...

Tú, cabrón 4, es evidente que no puedes contar esto en otros términos: eres más patético de lo que pensé. Tan patético como esta ciudad sin futuro. Sigo a la escucha y finjo no perder la paciencia con las pinceladas melodramáticas que pones a tu historia.

“Cuando comencé a escucharla estaba hablando con un ser llamado K y le decía que *aquel día* había tenido una experiencia *sumamente postorgásmica*. El personaje con quien supuestamente hablaba le dijo algo a lo que ella contestó, *no, no, ¿sabes?, el baño también es una experiencia postorgásmica, y caminar...* La recordé caminando mientras miraba ansiosamente a todas partes sin que supiera que yo la observaba a sus espaldas.

No pienso reproducir aquí todo lo que dijo, de lo cual el 90% era puro delirio o intercambio monosílabo con su ser ausente. El 10 % sobrante era la palabra *postorgásmico*, colada por aquí y por allá, agregada o enunciadora de frases en las que lo más importante era el sentido postorgásmico de la experiencia de la que hablaba. En ninguna ocasión me miró. Pasaba por mí como si no existiera, sus ojos no tropezaron con los míos ni de casualidad, tampoco veía a las enfermeras, ni respondía a sus preguntas, miraba sin cesar a su alrededor y parecía no ver nada. Sin embargo, se había dejado acostar y no había hecho resistencia al examen médico de rutina. Permanecía acostada y hablaba, interrumpiéndose para mirar a un punto abstracto durante un

rato, hasta que volvía a mirar a su alrededor y reanudaba la conversación con el ser invisible.

En el hospital había poco personal médico, me habían dejado junto a la cama sin intentar averiguar cual era mi relación con la muchacha. Ella repetía la palabra orgásmico de rato en rato y a veces hasta reía socarronamente mientras yo me debatía entre irme o quedarme a su lado.

Ninguna persona que hubiera seguido me había hecho parar en un hospital ni me había llevado tanto tiempo como ella. Todavía no sabía su nombre, pues en el hospital no habían podido hallar ninguna identificación. A pesar de saber que era una loca, sentía que de cierta manera aún me atraía.

Me daba cuenta de que seguía absurdamente obsesionado con estar allí, no sabía si por ella o por la situación en sí misma. Era obvio que estaba perdiendo la cordura, que aquello no tenía sentido, que estaba actuando sin reflexionar. Pero lo acepté, y me dije, en definitiva, que más da, veamos hasta donde llego. (Ves 4, no era ella, eras tú, era a ti a quien estabas asistiendo.)

Se había sentado. Le pedí que me diera la mano. Así, como si sencillamente quisiera que nada pasara realmente. Sabía que me ignoraría, y así fue. Entonces yo, que hasta ese momento no la había tocado, comencé a desvestirme frente a ella. Me quedé completamente desnudo. Amontoné ropa y zapatos en la silla junto a su cama y me ubiqué justo frente a su rostro, en la dirección vaga a que apuntaban sus ojos perdidos. Hubo unos segundos de franca incertidumbre luego de los cuales todo pareció cobrar sentido por vez primera. Ella levantó su saya, y sin que yo pudiera asegurar que me miraba, inició una masturbación lenta y apaciguadora que terminó brevemente en una ola acelerada de convulsiones y gritos. Cuando las enfermeras acudieron ya me encontraba vestido. Ella yacía con los ojos cerrados y una

expresión serena. Les dije que había sido todo causa de una cucaracha que maté en cuanto pude, y tras lo cual había vuelto a calmarse.

-Ahora duerme tranquila, ¿ven?

Y vieron.

Fue una semana intensa. Siempre que iba a verla al hospital ocurría lo mismo. Luego llegaba a mi casa y tenía un magnífico orgasmo recordando el rojo de sus genitales bajo la mano, recordando su mirada perdida frente a mí.”

Estabas esperando que te sorprendiera, 4, ella o cualquier otra. Para mí fue el francesito, pero ambos estábamos esperando algo. Hace unos meses aullamos por teléfono acerca de nuestra soledad... ¿recuerdas? Ese suspiro mutuo si que era diferente, ya no nos conformábamos como antes...

El francesito me sorprendió o no, no sé, pero su mirada era refrescante, y un día fue excitante, y después de probar que el acercarnos más era una combinación mayor de placer seguimos riendo ingenuamente, era una maldita sonrisa infantil, una maldita sonrisa de esas que te hacen reír también si las ves, una sonrisa *feliz*.

Pues sí, no sé cómo pero me dejé llevar por eso. Es un paréntesis pensaba, y temía cualquier pregunta, cualquier respuesta no preguntada, cualquier revelación de lo que haría mañana de lo que yo hacía o haría... nunca llegó, afortunadamente... afortunadamente, le escribí en el cuento dedicado, no hubo preguntas ni respuestas... y le gustó, y quizo besarme otra vez, pero el maldito último día yo..., sin pensarlo, lo besé secamente, en la cara, y esquivé el abrazo.

Tan torpe en el auto como si quisiera que dependiera de mí el que se fuera, como si quisiera yo misma hacer los

pasos necesarios para sacarlo de mi vida de una vez y por todas. Yo montándolo en el taxi, sujetándolo del hombro como se sujeta a un naylon de queso francés nunca probado que se abre y luego se bota; da igual, sin nostalgia, aunque una nunca halla comido queso francés y nunca vuelva a probarlo, da igual, nada tiene importancia. Ese es el punto, actué como si nada me importara, y las cosas han de importar, hay que prestarles atención, definir las, no hacer como que son cualquier rutina...; mierda, creía que me salvaba y me hundía, como si fuera una niña... me hundía patéticamente en un sentimiento confuso.

Quizás lo peor fue darle la maldita espalda cuando cerré la puerta del taxi.

Nada de beso final, un adiós con la mano, y punto.

“Una semana maravillosa de mi vida... Pero todo eso ya ha terminado. Ahora me la quitan. Se la han llevado a ese hospital y no me permiten más que una visita los domingos en pabellones públicos. Tampoco soporto ver como la cambian, como es ya otra mujer que ha incorporado las frases-gestos de los otros locos del sanatorio, y las frases-gestos dedicados a los enfermeros y doctores de turno. Siento que se me ha ido lo más importante de mi vida. No importa lo grandilocuente de la frase, ahora los días son más densos que antes, ya ni siquiera salir a *buscar* me reconforta, la veo en todas las mujeres que encuentro en la calle. Y eso es todo.”

Eso ha sido todo. No es necesario que me digas más. No es necesario que digas “y por eso lo hice”. Puedo leer esas palabras en tus gestos, en tus ojos extraviados, en tu mortecina y concreta ausencia. ¿Y qué puedo decirte? ¿Que es una estupidez? ¿Que no importa cuán sumidos estemos en el tedio siempre debemos conservar fuerzas para

para seguir? ¿Seguir puesto que la vida de cualquier forma merece la pena?

Callamos.

Nos despedimos y yo me voy alejando por el parque. No estoy segura de volver a verte, 4, y ahora, miro hacia atrás y están tus ojos sobre mí... ¿Cómo qué me miras? ¿Cómo a una amiga, como a tu hija inconfesada, como a una compañera de itinerarios? No importa, hemos compartido más que la vida sola hoy, y también más que la sola muerte.

Hemos compartido una sensación fronteriza en un viejo parque en ruinas de Sota.

Es tarde. El viejo camina a mi lado un trecho, vuelve a extenderme el pedido de su mano sucia. Registro mi cartera, encuentro un papel doblado. Es la dirección electrónica del francesito. La dejo caer en la palma ennegrecida. Luego le brindo también mi cartera. Sé que es difícil aceptar lo que te ofrecen, es más fácil tomar lo que se encuentra en el camino, o pedir al azar y en silencio, cualquier cosa que no comprometa un gesto definitivo de voluntad... Así que pongo la cartera en el piso antes de seguir caminando en dirección a la casa de Leo.

